



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
AL CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL DE ALEMANIA
[COLONIA, 5-9 DE JUNIO DE 2013]**

*A los queridos hermanos
el cardenal Joachim Meisner
arzobispo de Colonia;
monseñor Robert Zollitsch
presidente de la Conferencia episcopal alemana*

Bajo el lema «*Señor, ¿a quién iremos?*» (Jn 6, 68) se reúnen en estos días los católicos de Alemania, así como los fieles provenientes de países vecinos con ocasión del Congreso eucarístico nacional en Colonia. El acontecimiento se integra dentro de una larga tradición de veneración de la Eucaristía presente en esta ciudad, una de las primeras en celebrar, a partir del siglo XIII, la fiesta de *Corpus Christi* con la procesión del Santísimo Sacramento, y sede de un Congreso eucarístico mundial en 1909. De modo que envío gustosamente desde Roma al cardenal Paul Josef Cordes como mi enviado especial para manifestar mi viva comunión espiritual con los católicos alemanes, y para expresar la comunión universal de la Iglesia. Que el Padre celestial done a todos los participantes abundantes frutos de gracia de la adoración al Cristo eucarístico.

«*Señor, ¿a quién iremos?*». Con tal pregunta, ante la incompreensión de muchos oyentes de Cristo, que querían aprovecharse de forma egoísta de Él, san Pedro se hace portavoz de los seguidores fieles. Los discípulos no se detienen en la complacencia mundana de aquellos que se han saciado (cf. Jn 6, 26) y que sin embargo, se afanan por el alimento que no dura (cf. Jn 6, 27). Pedro, ciertamente, también conoce el hambre; durante mucho tiempo no había encontrado el alimento que pudiera saciarle. Después entró en relación con el hombre de Nazaret. Le siguió. Ahora él conoce a su Maestro no sólo porque oyó hablar de Él. En las relaciones cotidianas con Él fue creciendo una confianza sin reservas. Ésta es la fe en Jesús; y no sin razón Pedro espera del Señor la deseada vida en abundancia (cf. Jn 10, 10).

«Señor, ¿a quién iremos?». También nosotros, miembros de la Iglesia de hoy, nos hacemos esta pregunta. Aunque ésta es quizás más titubeante en nuestra boca que en labios de Pedro, nuestra respuesta, como la del Apóstol, sólo puede ser la persona de Jesús. Ciertamente Él vivió hace dos mil años. Sin embargo nosotros le podemos encontrar en nuestro tiempo cuando escuchamos su Palabra y estamos cerca de Él, de un modo único, en la Eucaristía. El Concilio Vaticano II la llama «acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (*Sacrosantum Concilium*, 7). ¡Que en nosotros la santa misa no caiga en una *routine* superficial! ¡Que alcancemos cada vez más su profundidad! Es precisamente ella la que nos introduce en la inmensa obra de salvación de Cristo, la que afina nuestra vida espiritual para alcanzar su amor: su «profecía en acto» con la cual, en el Cenáculo dio inicio al don de Sí mismo en la cruz; su victoria irrevocable sobre el pecado y sobre la muerte, que anunciamos con orgullo y de un modo alegre. «Es necesario aprender a vivir la santa misa», dijo un día el beato Juan Pablo II en un seminario romano, a los jóvenes que le preguntaron por el recogimiento profundo con el que celebraba (*Visita al Colegio pontificio germánico húngaro*, 18 de octubre de 1981). «¡Aprender a vivir la santa misa!». A esto nos ayuda, nos introduce, estar en adoración delante del Señor eucarístico en el sagrario y recibir el sacramento de la reconciliación.

«Señor, ¿a quién iremos?». Esta pregunta la plantean, en definitiva, algunos contemporáneos, que —lúcidamente o con una idea todavía oscura— van en busca del Padre de Jesucristo. A ellos el Redentor les quiere salir al encuentro a través de nosotros, quienes, gracias al bautismo, llegamos a ser sus hermanos y hermanas, y que, en la Eucaristía, recibimos la fuerza para llevar junto a Él su misión de salvación. Debemos anunciarles con nuestra vida y con nuestras palabras aquello que hemos reconocido junto a Pedro y los demás apóstoles: «Señor, tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68). Nuestro testimonio les inflamará así como nosotros hemos sido inflamados por Cristo. Todos nosotros, obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, tenemos la tarea de llevar a Dios al mundo y el mundo a Dios.

Encontrar a Cristo, confiarse a Cristo, anunciar a Cristo —son los pilares de nuestra fe, que se centran, siempre de nuevo, en el punto focal de la Eucaristía. La celebración del Congreso eucarístico, durante este *Año de la fe*, anuncia con renovada alegría y certeza: el Señor de la Iglesia vive en ella. Con mi cordial saludo imparto de corazón a todos vosotros la bendición apostólica.

Vaticano, 30 de mayo de 2013, solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Franciscus PP
